



Reacción de Occidente ante Rusia en la última década del siglo XX

Jesús Argumosa Pila

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Es verdad que el siglo XIX fue el siglo del Reino Unido y el siglo XX el de Estados Unidos. No parece que hay muchas dudas de que el siglo XXI pudiera ser el siglo de China. Sin embargo, el modelo geopolítico que se emplea o que se desarrolla en cada época es distinto. En el siglo XIX, después del Congreso de Viena, se utilizó el modelo de la *multipolaridad* basado en el principio del equilibrio de poder en el que participaron varias potencias europeas.

En la segunda mitad del siglo XX, después del final de la II GM, apareció el modelo de la *bipolaridad*, bajo la égida de Estados Unidos y la desaparecida Unión Soviética, hasta la caída de la segunda en los comienzos de la última década de dicho siglo cuando se implantó el modelo de la *unipolaridad* bajo la hegemonía de Estados Unidos que duró hasta la guerra de Georgia, en 2008, cuando aparecieron los primeros conatos del modelo de la *multipolaridad* pero que aún no ha llegado a consolidarse.

En consecuencia, el análisis que se a realizar de la última década del siglo XX se enmarca claramente en el modelo de la *unipolaridad* ejercida por Estados Unidos sin muchas objeciones hasta el año 2008. En una primera aproximación, lo que distingue a este periodo en el país de los zares es el progresivo declive de las viejas instituciones soviéticas, el reconocimiento de Rusia como heredera de la vieja URSS y el establecimiento de una nueva estructura de estados descendientes de las repúblicas que pertenecieron a la Unión Soviética.

En líneas generales, la última década del siglo XX se caracterizó por el fin de la guerra fría en las relaciones internacionales, la desintegración de la URSS con el surgimiento de una Rusia débil, la liberación de los países del Este de Europa y la dependencia de Rusia y otras repúblicas de la antigua Unión Soviética de la ayuda económica estadounidense y occidental. Durante la mayor parte de esta década estuvo al frente de Rusia el presidente Boris Yeltsin de quién ya se ha tratado ampliamente en una de las comunicaciones de esta Ponencia sobre Ucrania.

Como triunfador de la Guerra Fría, Estados Unidos quedó como la única superpotencia y su presidente George Bush, en los primeros meses de 1991 dio una nueva definición del sistema internacional que regiría a partir de entonces denominándolo un Nuevo Orden Mundial que fue presentada por la ONU con base al derecho internacional.

Japón continuó siendo una gran potencia en el mundo. Sin embargo, mantuvo su decisión de abstenerse de desarrollar su poder militar. China como poder comunista dominante, llegó a estar bastante aislada. Aunque adoptó la doctrina de la liberación económica encontró el camino bastante difícil y trató de reparar sus diferencias políticas con India, Vietnam, Rusia y Japón.

La Guerra Fría acabó con la disolución de la URSS el día de Navidad de 1991. La Unión Soviética fue sustituida por una nueva entidad política denominada Comunidad de Estados Independientes (CEI) integrada por nueve (9) naciones fundadoras, todas las cuales eran antiguas repúblicas soviéticas: Rusia, Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán, Moldavia, Tayikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán. En 1993 se une Georgia que se retiró en 2009. Turkmenistán abandonó la CEI en 2005 y Ucrania dejó de participar en 2014. El país líder de esta confederación ha sido y sigue siendo Rusia.

A diferencia de la Unión Soviética, la CEI es una confederación muy flexible sin poder formal sobre sus naciones miembros. Se formó para colaborar y coordinar políticas en temas como el libre comercio, las finanzas, la seguridad, la inmigración y la prevención del delito. A pesar de la falta de poder coercitivo, Rusia ha sido acusada frecuentemente de determinar la política de la CEI de forma unilateral.

Cuando la Unión Soviética se desintegró, la economía de Rusia estaba en una situación catastrófica. Las reservas extranjeras estaban agotadas, anulando la capacidad del país para importar bienes. Esto no era un fenómeno reciente ya que la producción de la economía soviética estaba en decadencia desde los años setenta. El presidente Yeltsin hizo frente a esta adversidad lanzando un programa para liberar los precios y así conseguir que, de nuevo, llegaran bienes de servicios a los mercados.

Las relaciones de Rusia asfixiada económicamente con Occidente, tras el colapso de la URSS, propició que en la época de los 90 del siglo pasado hubiese un cierto grado de colaboración, en especial con Estados Unidos, en materia de ayuda

económica. En febrero de 1992, el presidente estadounidense, George H.W. Bush y el presidente ruso, Boris Yeltsin, se reunieron en Camp David (Washington). Yeltsin fue recibido en Estados Unidos en calidad de amigo y ambos presidentes dieron por finalizada la Guerra Fría.

Poco menos de un año después, el 3 de enero de 1993, fue firmado el START II (Tratado de Reducción de Armas Estratégicas) por el presidente estadounidense, George H.W. Bush, y el presidente ruso, Boris Yeltsin. Fue un tratado bilateral entre Estados Unidos y Rusia sobre la reducción y limitación de las armas estratégicas ofensivas que prohibía el uso de vehículos de reentrada con objetivos múltiples independientes (MIRV) en los misiles balísticos intercontinentales (ICBM).

Fue ratificado por el Senado estadounidense el 26 de enero de 1996. Rusia ratificó el START II el 14 de abril de 2000, condicionándolo al mantenimiento del Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM). Cuando Estados Unidos se retiró del Tratado ABM el 13 de junio de 2002, Rusia se retiró del START II un día más tarde.

Prácticamente, durante la mayor parte de la década que se está analizando, coincidieron como presidentes Boris Yeltsin, en Rusia, y Bill Clinton en Estados Unidos. Ambos líderes mantuvieron una estrecha relación a pesar de sus diferencias, principalmente, por la ampliación de la Alianza Atlántica a los países del Este de Europa.



Dicha relación era desequilibrada en el terreno de la geopolítica del poder ya que mientras Estados Unidos había quedado como única superpotencia, Rusia se hundía en la corrupción y en la crisis económica. Los memorandos de las conversaciones y encuentros Clinton-Yeltsin publicados en la Biblioteca Presidencial de Clinton, en 2018, confirman que la buena sintonía entre los dos presidentes fue real, aunque también enmascaró una relación compleja no exenta de tensiones y discrepancias en algunas ocasiones.

A pesar de que Rusia ansiaba ser considerada como si siguiera siendo una superpotencia, en la relación con Estados Unidos desde el desmembramiento de la Unión Soviética siempre fue tratada como un país de segunda categoría. La ampliación de la OTAN a los países del antiguo Pacto de Varsovia, las continuas peticiones de ayuda de Rusia al Fondo Monetario Internacional (FMI) o el bombardeo de la Alianza Atlántica a Belgrado supusieron una humillación tras otra para los rusos (Lara, A. "1997: comienza el segundo mandato de Clinton" | E&J economistjurist.es).

De acuerdo con el embajador estadounidense en Moscú, William Joseph Burns, cuando la administración de Clinton iniciaba el proceso para incluir a Polonia, Hungría y la República Checa en la OTAN, la decisión fue «prematura en el mejor de los casos e innecesariamente provocadora en el peor. Mientras los rusos se consumían en su agravio y sentido de desventaja, una creciente tormenta de teorías de “puñaladas por la espalda” lentamente circulaban, dejando una marca en las relaciones de Rusia con Occidente que perduraría durante décadas».

Clinton consideraba al presidente ruso como indispensable para potenciar los intereses estadounidenses tras el colapso de la URSS, lo que a menudo le llevó a tomar decisiones controvertidas para garantizar la supervivencia política de Yeltsin. De hecho, Clinton estaba convencido de que respaldar personalmente a Yeltsin era necesario para garantizar la estabilidad rusa, la reforma interna y la inclusión en el sistema libre de mercado junto al desarrollo de la democracia.

En el campo de la seguridad ambos países trataron asuntos muy importantes no solo para los propios intereses de Estados Unidos y Rusia sino también para el resto del mundo. Así, en el otoño de 1994, de cara a la reunión en Budapest de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) que ya se estaba transformando en la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), se difunde una carta de Yeltsin a Clinton donde se señala el punto de vista de Rusia sobre la seguridad europea en la que se expresa en contra de la expansión de la OTAN.

Para Rusia, la OSCE constituye la única organización posterior a la Guerra Fría que responde con verdadera exactitud a la arquitectura de seguridad europea de pleno derecho apoyada en una base legal sólida. Yeltsin escribe que los temas de la evolución futura de la OTAN no debieran ser tratados ni decididos sin tener en cuenta la opinión y los intereses de Rusia, con independencia de que la ampliación

de la OTAN desviaría la atención sobre este proyecto de la OSCE mucho más determinante y de mayor calado para la seguridad europea.

Hay que partir de la base de que la OSCE es un foro de diálogo político sobre una amplia gama de cuestiones relativas a la seguridad y una plataforma para actuar conjuntamente a fin de mejorar la vida de las personas y las comunidades. A través de un enfoque integral de la seguridad que engloba la dimensión político-militar, la económica y medioambiental, y la humana, así como sobre la base de su carácter integrador, la OSCE ayuda a salvar diferencias y a fomentar la confianza entre los Estados mediante la cooperación en materia de prevención de conflictos, gestión de crisis y rehabilitación posconflicto.

En la guerra de Chechenia entre 1994 y 1996, las tropas rusas fueron incapaces de suprimir y controlar el levantamiento checheno, ya sea en la batalla de Grozni o en campo abierto. Aunque en 1996 se firmó un alto el fuego y los chechenos no tuvieron otra opción que la de someterse a Moscú, las atrocidades cometidas por las fuerzas rusas repercutieron negativamente en la imagen de Yelsin en Occidente. A pesar del Tratado de paz firmado en mayo de 1997, posteriormente los chechenos retomarían el camino de la guerra en 1999.

Por otra parte, en los años 1995 y 1996, Yelsin se encontraba con problemas económicos no solo para pagar pensiones y salarios sino también para llevar a cabo su campaña electoral. Al necesitar un préstamo del Fondo Monetario Internacional pidió a Clinton que intercediera ante el citado organismo. El presidente estadounidense prometió tratar el asunto en cuanto tuviera ocasión, aunque retardó su ayuda hasta que no empezó su segundo mandato como presidente en los inicios de 1997.

El 27 de mayo de 1997, Rusia y Estados Unidos estimaron superado definitivamente el periodo de la Guerra Fría, con la firma en París del Acta Fundacional de Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad entre la Federación Rusa y la OTAN por los presidentes estadounidense y ruso, Bill Clinton y Boris Yelsin, en presencia del presidente francés, Jacques Chirac. Esta Acta Fundacional, era un acuerdo de cooperación destinado a establecer una paz duradera e integradora, ratificada tras varios años de negociaciones al más alto nivel, que pretendía crear una nueva arquitectura de seguridad en Europa. A partir de entonces, las dos partes ya no se consideraban adversarios sino socios.

Sin embargo, apenas dos meses después, en julio de 1997, en la cumbre de Madrid, Polonia, Hungría y la República Checa fueron invitados a integrarse en la OTAN, adhesión que se consumó en la cumbre de Washington de marzo de 1999. Con independencia de la afrenta que esto supuso para Rusia, las relaciones entre los dos países nunca se rompieron.

En marzo de 1999, las fuerzas de la OTAN intervinieron en la guerra de Kosovo bombardeando Yugoslavia, una medida que Clinton avisó a Yelsin apenas tres

horas y media de los inicios del ataque de los inicios de los ataques de la OTAN en Belgrado como consecuencia de la represión serbia en Kosovo, sin el respaldo de Naciones Unidas. Yeltsin se opuso claramente a este ataque e intentó que no se produjera, pero sin ningún resultado.

Como conclusión, se puede afirmar que, en general, durante la última década del siglo XX, los estrategas estadounidenses trataron a Rusia, heredera de la Unión Soviética, con cierto desdén y displicencia considerándola como una potencia de segundo orden, sin tenerla apenas en cuenta en la toma de decisiones en aquellos asuntos que afectaban no solamente a la arquitectura de seguridad de Europa sino también al sistema de seguridad mundial.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022